



El pequeño capitán

Capítulo 1

El barco

El pequeño capitán vivía en lo más alto de la duna. No vivía en una casa, ni en una cabaña, sino en un barco.

Una tormenta enorme, que había levantado unas olas tan altas como torres, arrancó el barco del mar y lo varó en la cima de la duna. Y allí estaba, incrustado en la arena. ¿Llevaba tripulación a bordo? Nadie lo sabía. Sólo se había visto a un muchacho deslizarse fuera del camarote, un muchacho que llevaba en la cabeza una gorra de capitán que le quedaba grande.

—¿Quién eres? —le preguntaron los habitantes del puerto cercano.

—Soy el capitán —respondió el muchacho.

—Pues bien, pequeño capitán —le dijo el viejo contramaestre, que había subido desde el puerto—. ¿De dónde vienes?

—De mi barco —replicó el pequeño capitán.

—¿Y de dónde viene tu barco?

Pero el pequeño capitán no contestó. Sólo se encogió de hombros y subió de nuevo a encerrarse en su camarote.

Desde entonces, vivía allí arriba.

Cuando hacía buen tiempo, se sentaba en el puente de popa a tomar el sol, y cuando brillaba la luna, se instalaba en la playa y tocaba una pequeña trompeta de latón.

Y se le oía incluso allá abajo, en el puerto.

¡Tararíiiii!

«¡Ya tenemos un motivo para ponernos tristes!», decía la gente.

Al único que le gustaba esa música era al viejo contraмаestre. Nadie sabía de dónde había venido ese viejo lobo de mar porque, cuando se lo preguntaban, él se limitaba a contestar: «¡De un naufragio!».

Un buen día trepó por el empinado sendero hasta la cima de la duna.

—¿Por qué no te vienes a vivir con nosotros? —le preguntó al chico.

El muchacho negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió el contraмаestre.

—Quiero quedarme en mi barco.

—¡Pero si no puede navegar!

—Ya lo arreglaré —dijo el pequeño capitán.



—¿Y cómo lo volverás a llevar al agua? —preguntó el viejo lobo de mar.

—Estoy esperando —respondió el muchacho—. Espero que se levante una tormenta y que se forme otra enorme ola que, al retirarse, devolverá mi barco al mar.

—¡Vaya vaya! —dijo el viejo contraamaestre arrojando una bocanada de humo de su pipa—. ¿Y adónde irás entonces?

—Me marcharé a la isla de Todo-crece —respondió el pequeño capitán.

—¿Y qué es lo que hay allí? —preguntó el viejo marinero.

—Eso no lo sé —respondió en voz baja el muchacho—. Pero sé que si uno va a esa isla y pasa allí una sola noche, al despertar se ha convertido en una persona mayor.

—¡Vaya, vaya! —dijo el viejo contraamaestre—. ¿Estás seguro?

El pequeño capitán asintió con la cabeza.

—Aquí hay que esperar tanto para ser mayor...

—Sí, muchísimo —reconoció el viejo marinero—. Pero ¿sabes dónde se encuentra esa isla de Todo-crece?

—No —dijo el pequeño capitán—. Tendré que buscarla. Pero antes tengo que reparar mi barco.

El viejo contraamaestre volvió a su casa, mientras el pequeño capitán subía de nuevo a su camarote para tomar su carro. Estaba hecho con una vieja caja provis-





ta de cuatro ruedas y se inclinaba un poco de un lado, porque una de las ruedas traseras procedía de una bicicleta y la otra de un organillo ambulante. Rechinaba tan fuerte que cuando el muchacho bajaba con él al puerto y atravesaba las calles del pueblecito, la gente decía: «¡Por allí va el pequeño capitán!». No era necesario mirar hacia fuera; bastaba con oír el ruido.

El pequeño capitán amontonaba en su carro todo lo que encontraba por las calles. Un trozo de tubo de estufa, una cuerda, una pelea, un alambre, una pata de silla, una cadena de bicicleta, una pantalla de lámpara, un clavo torcido, un tubo del gas, un ovillo de lana, un espejo roto, una moneda, un zapato viejo, una tabla con clavos, un pedazo de red de pescar.



Y cuando un día descubrió también una cafetera y una tina vieja, ya había reunido las cosas suficientes para construir una nueva máquina. Se puso a dar martillazos, serrar, cepillar y limarlo todo con tal entusiasmo que estaba con la lengua fuera. Porque la máquina tenía que ser capaz de resistir cualquier tormenta.

Abajo, alrededor del puerto del pueblecito, vivían naturalmente muchos más chicos, y cuando el viejo contraamaestre les habló de la isla que quería descubrir el pequeño capitán, corrieron todos juntos hacia la cima de la duna y treparon sobre el puente del barco mientras gritaban:

—¡Pequeño capitán! ¡Nosotros también queremos hacernos mayores y fuertes en una noche! ¿Podemos acompañarte?

—Por supuesto —respondió el pequeño capitán—. Sólo tienen que ayudarme a arreglar mi barco.

Y José, Theo el Gordo, Marinka y todos los demás se pusieron manos a la obra. Ellos transportaron la tina sobre el puente de popa del barco, porque era allí donde debía estar situada la máquina, y a continuación empezaron a reparar la madera y a fijarla con clavos y tornillos, siguiendo las instrucciones del pequeño capitán. Un tubo de estufa aquí, una pata de silla allá, la cadena de la bicicleta a través, la cafetera a este lado, el tubo del gas en el otro y la tina boca abajo para que el vapor no



podiera escaparse. Por fin, Thomas el Tímido en persona fue a ayudar a construir la chimenea, que se formó con seis baldes colocados boca abajo, y encajados uno dentro de otro.

—¡Gracias a todos! —dijo el pequeño capitán.

—¿Cuándo nos marchamos? —preguntó Theo el Gordo.

—En cuanto venga la gran ola —respondió el capitán—. Pero todavía nos falta la hélice.

Estaba a punto de ponerse a trabajar cuando unos gritos llegaron súbitamente hasta las dunas. La gente del pueblecito había echado de menos a sus hijos a la hora en que debían ir a la escuela.

Llegaban a grandes pasos por el empinado sendero arenoso. A la cabeza iba el profesor del colegio sosteniendo amenazadoramente un bastón.